

TRANSMISIÓN DEL PSICOANÁLISIS EN LA UNIVERSIDAD

América Espinosa

INTRODUCCIÓN

¿Por qué es importante la impartición del psicoanálisis en la Universidad? ¿Qué es la enseñanza y qué la transmisión del psicoanálisis? ¿Cuáles son las grandes dificultades que se presentan en la enseñanza cuando se quiere verdaderamente transmitir? Estos son algunos de los temas que se desarrollarán en este trabajo.

*

La formación en la Universidad supone la reunión de saberes y conocimientos desde la perspectiva del ámbito de la ciencia, concebido, dicho ámbito, como alejado del dogmatismo y del pensamiento religioso; sin embargo, en relación con la ciencia psicológica, no será el dogmatismo religioso el obstáculo que la haya detenido y desviado de un camino hacia la búsqueda de saberes sólidos y de amplia fundamentación. Otro ha sido el obstáculo que la ciencia misma ha generado a partir de un monismo metodológico que la ha circunscrito a un planteamiento donde la observación es su sostén y determinación. Este círculo cerrado, sostenido por la observación, ha dado como resultado que la psique no pueda ser pensada por la psicología sino como *mente-comportamiento* o como *mente-cerebro*; a esto lo denominamos el obstáculo de lo biológico.

El sujeto, determinado desde el lenguaje, desde sus propias implicaciones subjetivas, es tratado por la psicología “cientificista” como un organismo biológico cuya determinación está puesta en el funcionamiento de un sistema nervioso independiente de su propia condición subjetiva. La concepción dominante, biologicista, valoriza al *hombre-organismo-máquina* en detrimento del sujeto deseante. Esto se muestra en un sinnúmero de teorías llamadas cognitivo-conductuales y psiquiátricas que intentan borrar el conflicto, borrar el sufrimiento, taponar el no saber, exiliar la manifestación de la diferencia y anteponerla como patología, ordenándola en cuadros nosográficos con la característica del trastorno que ha de medicarse a través de medicamentos cada día más potentes.

El modelo médico-biologicista, a través de la psiconeurobiología, e infiltrado en las teorías psicológicas, afirma que “los trastornos psíquicos están relacionados con una anomalía del funcionamiento de las células nerviosas”,¹ para lo cual existe un medicamento adecuado que proporciona salud y bienestar al organismo. Ese sujeto, no siendo reconocido en su subjetividad, visto como carente de completud, como siempre en falta, es un organismo doliente cada día más narcotizado y, en consecuencia, más alienado en su ser, que sostiene una realidad social también cada día menos analizada, menos consciente de sí y de las implicaciones que este tipo de ciencia produce.

Épocas anteriores se han visto más revolucionarias; el cientificismo ha obturado la reflexión de lo psicológico, ha permeado un discurso higienista del culto al cuerpo perfecto y a la salud completa, a un ideal de felicidad imposible que ha de encontrarse en la solución medicamentosa que incita y construye adicciones en detrimento del sujeto y de su condición de ser hablante.

¹ Élisabeth Roudinesco, *¿Por qué el psicoanálisis?*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p. 18.

Roudinesco afirma que, desde 1950, las sustancias químicas —o psicotrópicos— han modificado la instrumentalización del manejo de la locura, vaciando asilos, sustituyendo las camisas de fuerza y los tratamientos de shock por el uso de los medicamentos que, si bien no curan ninguno de los trastornos mentales o nerviosos, sí “revolucionaron las representaciones del psiquismo fabricando un hombre nuevo, liso y sin humor, extenuado por la evitación de sus pasiones, avergonzado de no ser conforme al ideal que le proponen”.² Entonces, si el psicoanálisis es importante en la Universidad, es porque, a través de su estudio y reflexión, precisa recuperar el estudio de un sujeto del deseo, un sujeto en falta, que *no-todo* lo sabe, que puede enfrentar la imposibilidad como parte de su ser. El psicoanálisis propone hacer hablar a las pasiones, a la condición del sufrimiento, a la sexualidad, al inconsciente, a la relación con el otro, que conforman esa subjetividad que las tesis organicistas han rechazado.

En la sociedad moderna, en el lugar de las pasiones se coloca la calma; “en lugar del deseo, la ausencia de deseo; en el lugar de la historia, el fin de la historia”;³ en el lugar del sujeto, la nada. Se toma al sujeto por un individuo integrado y feliz y, si no lo es, se busca evaluar y medicar el déficit, medir la falla, pero nunca preguntarse por el origen. “El sanitario moderno —psicólogo, psiquiatra, enfermero o médico— ya no tiene tiempo para ocuparse de la larga duración”⁴ que la atención al psiquismo requiere. Los nuevos tiempos le exigen un saber completo, una eficacia, una eficiencia medida en tiempos cortos y productivos. Por supuesto, sin preguntarse: ¿productivos para quién?

Canguilhem señala que este tipo de psicología, que toma prestados los modelos de las ciencias llamadas exactas, se constituye, como instrumento de poder, en una “biotecnología de la conducta humana, que despoja al hombre de su subjetividad y busca arrebatárle su libertad de pensar”.⁵ Va a ser Freud quien, separado del ámbito de la medicina, invente, descubra o recupere ese territorio de la psique humana a través del estudio de la sexualidad y de lo inconsciente, tomando una clara distancia con respecto de las tesis organicistas.

Freud, en su tiempo, renunció al proyecto de “neurologizar” el aparato psíquico para construir una teoría puramente psíquica del inconsciente. Así entonces, Roudinesco señala:

El sujeto freudiano es un sujeto libre, dotado de razón, pero cuya razón vacila en el interior de sí misma. Es de su palabra y de sus actos, y no de su conciencia alienada que podrá surgir el horizonte de su propia curación. Este sujeto no es el autómatas de los psicólogos, ni el individuo cerebro-espinal de los fisiólogos, ni el sonámbulo de los hipnotizadores, ni el animal étnico de los teóricos de la raza y de la herencia. Es un ser hablante, más capaz de analizar la significación de los sueños que de mirarlos como la huella de una memoria genética. Sin duda, recibe sus límites de una determinación fisiológica, química o biológica, pero también de un inconsciente concebido en términos de universalidad y de singularidad.⁶

Freud, en 1919, criticaba la formación del médico por estar orientada unilateralmente al estudio de la anatomía, la física y la química, dejando de lado los factores psíquicos vinculados con la enfermedad y el tratamiento, mismos que son, según Freud, fundamentales para la comprensión y curación de la enfermedad.⁷ Así, consideró al psicoanálisis el más apropiado para transmitir al estudiante un conocimiento cabal de la psicología y recomendó tanto cursos elementales como conferencias especializadas; no obstante, planteó con

² *Ibid.*, p. 21.

³ *Ibid.*, p. 35.

⁴ *Ibidem.*

⁵ *Ibid.*, p. 49.

⁶ *Ibid.*, p. 57.

⁷ Cfr. Sigmund Freud, *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?* (1919 [1918]), Obras Completas, Tomo XVII, Amorrortu, Buenos Aires, 1992, p. 169.

mucha claridad que, para la formación del psicoanalista, eran necesarias las asociaciones psicoanalíticas donde se pudiera obtener experiencia práctica, así como el análisis personal. Señaló, además, que la enseñanza universitaria tampoco hacía “del estudiante de medicina un cirujano diestro y capaz de afrontar cualquier intervención”.⁸ No es sino mediante una formación ulterior en hospitales o Institutos especializados, y con un trabajo arduo, guiado y acompañado por especialistas más experimentados, que podía obtenerse la destreza para el ejercicio de la profesión.

Podemos pensar, entonces, que el asunto de la enseñanza implicará al menos dos cosas. Por un lado, la posibilidad de un programa de estudios como elemento instrumental de orden simbólico que sirva de posible puente en la constitución de transferencias.⁹ En segundo lugar, la enseñanza, como intención formal, se enfrenta también a la paradoja de lo inconsciente, paradoja en tanto que el ámbito universitario supone un saber. Dar cuenta de ese saber y de la condición de lo inconsciente es, precisamente, un no-saber que es importante producir.

Enseñar no es lo mismo que transmitir. Puede haber enseñanza sin transmisión y puede haber transmisión sin enseñanza, en virtud de que lo que se transmite no requiere, en principio, ser entendido, sino, más bien, ser causante de sentido. Lacan, a este respecto, planteaba la pregunta: “¿Qué es enseñar, cuando lo que se trata de enseñar, se trata precisamente de enseñarlo, no sólo a quien no sabe, sino a quien no *puede* saber?”¹⁰ Es sólo cuando la enseñanza asume su propia ignorancia, cuando no todo está dicho y es necesario producirlo —esto es, cuando se dirige a lo no sabido—, que puede producir efectos de transmisión. Se trata en la enseñanza, entonces, de mantener un deseo vivo, de transmitir un saber que sea vivo y no un saber muerto, como lo hace el discurso universitario —o el discurso del amo—, con un saber enciclopédico, absoluto, en donde sólo se produce repetición.

El psicoanálisis propone un discurso no sabiendo. Sí hay teoría, pero no sólo la teoría conforma lo que es necesario para que haya transmisión. Todo esto nos brinda elementos para diferenciar la transmisión de la enseñanza como aquello que permitiría, por ejemplo, convertirse en psicoanalista, mientras que en el contexto de la educación universitaria sólo podríamos aspirar a breves encuentros que puedan amarrar transferencias que luego pasen a otro ámbito, más allá del terreno educativo.

En la formación del psicoanalista, se requiere de otro psicoanalista y de la operación de un deseo.¹¹ Es eso lo que se juega en la transmisión, que no puede sistematizarse ni mucho menos planearse. Y, entonces, ¿qué pretendemos con el psicoanálisis en el seno de la Universidad? El psicoanálisis se propone como un ámbito de estudio, reflexión y provocación, no sólo a la Institución en cuanto a su formalización discursiva, sino una provocación que pretende interpelar a los sujetos, sus creencias y posiciones de *como si*. Implica desmantelar los discursos conservadores y funcionalistas que operan como elementos de dominación frente a la verdad de la que habla lo inconsciente.

Uno de los elementos esenciales de la puesta en marcha del psicoanálisis, sin los cuales no podría éste transmitirse, son los analistas. Sin analistas, no hay transmisión del psicoanálisis. Un analista es una posición, un lugar o función instalada por la transferencia, desde la cual se opera clínicamente. Esta operación tiene un tiempo y un espacio precisos que dan lugar a lo que se ha denominado como *encuadre*. En este tenor, Lacan,

⁸ *Ibid.*, p. 171.

⁹ Aclaro que el término *transferencia* es un concepto psicoanalítico, base de las relaciones humanas, que se gesta a partir de vínculos y depositaciones inconscientes que se hacen hacia las personas, situaciones o cosas.

¹⁰ Jacques Lacan, “Clase del 21 de noviembre de 1962”, *La angustia*, El Seminario (1962-1963), Libro 10, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 26.

¹¹ Freud señalaba la dificultad de la enseñanza del psicoanálisis en virtud de que ésta sólo podría obtenerse a través del análisis personal y, por consiguiente, la Universidad sólo podría aspirar a producir una enseñanza teórica.

en el *Seminario 11*, señala que la responsabilidad del analista en la dirección de la cura es introducir al sujeto en el orden del deseo, un deseo de deseo. Lo que busca el analizante del analista no es el saber que de inicio le atribuye, es saber en torno a su deseo, por lo que el analista debe asegurarse de que su deseo siga siendo una “x” para el analizante, lo que le permitirá continuar el análisis. A esta función la denomina “deseo del analista”, que es lo que opera en psicoanálisis.¹²

Así pues, sólo el análisis puede producir un analista, independientemente de la participación que pueda tener en dicha formación la dimensión teórica de la disciplina, así como el acompañamiento en las primeras experiencias clínicas. Entonces, tenemos dos elementos a revisar. Por un lado, el analista —elemento fundamental de la transmisión— como “deseo del analista” y, por otro, el análisis del analista, como lugar privilegiado de la transmisión. En este sentido, podríamos separar la enseñanza como un elemento casi inocuo en la formación de los analistas y, en su lugar, se pondría, como lo señala Lacan, la *comunicación enseñante*.¹³

Los cursos universitarios, los seminarios, y cualquier otra práctica educativa, si bien cumplen un papel importante, no son el elemento sustancial en la formación de los psicoanalistas. No obstante, cabría no negar que pueden participar y constituirse en los primeros vínculos desde los que puede emerger un elemento transferencial que, de continuarse, posibilite la transmisión para una futura adscripción con la posición de psicoanalista. No obstante, es necesario plantearnos una pregunta más con respecto al tema de la formación de los analistas: ¿Se puede pensar en un analista “formado”? Si la respuesta es afirmativa, tendríamos que determinar lo que significa “formado”. ¿Acaso implicaría una culminación del análisis?

Si aceptamos que la formación culmina en algún momento, pensaríamos en un analista “formado” o “completado” que ya no tendría nada por saber o por preguntarse. Claro que no podríamos hablar de una culminación en la formación de los analistas. Es necesario reconocer que el analista está siempre en formación, permanentemente preguntándose y discutiendo sobre una disciplina —a partir de un saber no disciplinario—, sobre su posición, sus teorías y las reformulaciones que de estas discusiones se desprendan. Se trata de un analista que se pregunta por su deseo y que propone, como lo señala Lacan, actos de comunicación enseñante donde se juega el deseo en tanto que sostiene la falta, que es, finalmente, una *falta en ser*, un *saber en falta*, un saber que se produce no sabiendo, un saber que se enfrenta a la hiancia, ese lugar vacío que se encuentra entre la teoría y la práctica y que nos hace producir.

Es evidente que la formación en la Licenciatura en Psicología no tiene como objetivo preciso formar psicoanalistas. Sin embargo, el psicoanálisis abre un escaparate en la reflexión de lo psicológico y lo psíquico muy importante, a efecto de no paralizar ni paralizarnos y casi aburrirnos por los contenidos y enseñanzas dogmáticas que no trascienden. También podríamos reconocer que, en la Universidad, muchos de nosotros encontramos un primer elemento transferencial a través de algún profesor o de varios, que más adelante se tornó en vocación y nos llevó a continuar formándonos en esta “profesión”/posición de psicoanalistas y que, en no pocos casos, es un acicate para los estudiantes de la Licenciatura, quienes, una vez egresados, siguen formándose y, en su caso, se convierten en analistas formando parte de diversas instituciones y asociaciones como el CIEP, el Círculo Psicoanalítico Mexicano, la Escuela Lacaniana y la Red Analítica Lacaniana, entre otras.

¹² Cfr., especialmente a este respecto, Jacques Lacan, “Clase del 24 de junio 1964”, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, El Seminario (1964), Libro 11, Paidós, Buenos Aires, 1987.

¹³ Cfr. Jacques Lacan, “Clase del 21 de noviembre de 1962”, *La angustia*, op. cit., p. 26.